



P. KROPOTKIN

MEMORIAS
DE UN
REVOLUCIONARIO

HX724
K7
1899

R. C.



1020025549



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

1—COLECCIÓN DE AUTOBIOGRAFÍAS CÉLEBRES

PEDRO KROPOTKIN

MEMORIAS
DE UN REVOLUCIONARIO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS POR

FERMÍN SALVOCHEA

PRIMERA Y SEGUNDA PARTE



099446

MADRID

B. RODRÍGUEZ SERRA, EDITOR

Flor baja, núm. 9.

20723

32109

K

HX724

K7

1899



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

NOTA

Este libro probablemente no se hubiera escrito en algún tiempo todavía, á no haber sido por la afectuosa invitación y amistoso estímulo del editor y propietarios de *The Atlantic Monthly* para que lo hiciera, y publicarlo como folletín en su Revista. Siendo un verdadero placer para mí el consignar aquí mis más expresivas gracias por la hospitalidad ofrecida y por la amigable presión destinada á inducirme á ejecutar este trabajo. Publicado en *The Atlantic Monthly* (Septiembre de 1898 á Septiembre de 1899) con el título *Autobiografía de un revolucionario*, ahora lo preparo para darlo á luz en forma de libro, habiendo aumentado considerablemente el texto original en las partes referentes á mi juventud y mi residencia en Siberia, y especialmente en la Sexta, en la que he referido la historia de mi vida en la Europa occidental.

P. KROPOTKIN.

Bromley, Kent, Octubre 1899.

INTRODUCCIÓN

Las autobiografías de que somos deudores á hombres de gran inteligencia, han sido generalmente de una de estas tres clases: «Hasta aquí iba extraviado; después encontré el camino verdadero» (San Agustín); ó «Yo era tan malo como todo eso; pero, ¿quién se atrevé á considerarse mejor?» (Rousseau); ó esta otra: «De este modo es como un carácter se ha desarrollado lentamente, debido á sus condiciones naturales y á un favorable medio ambiente» (Goethe). En todas estas formas de propia representación, el autor se ocupa principalmente de sí mismo.

En el siglo XIX las autobiografías de personas notables, toman á menudo este giro: «Era yo tan inteligente y atractiva, tanto el aprecio y la admiración que habia conquistado» (Juana Luisa Heiberg, *Vida compuesta de recuerdos*); ó este otro ejemplo: «Tenia yo tanta inteligencia y era tan digno de ser amado, y, sin embargo, fui tan poco comprendido, que pasé muchísimas amarguras antes de conquistar la corona de la fama» (Hans Cristino Undersen, *La historia de mi vida*). En estas dos clases de relatos indivi-

duales, el autor sólo se ocupa de lo que sus semejantes han pensado y dicho de él.

El autor de la que tenemos delante no pretende hacer gala de sus aptitudes, y, por consiguiente, no acude á la lucha para ganar y conquistar la opinión. Nada le importa el concepto que de él puedan formar sus semejantes; lo que otros han pensado de su persona, sólo lo menciona una vez, y únicamente le consagra una palabra.

No hay en esta obra nada que pretenda llamar la atención sobre si mismo; no es el autor de aquellos que gozan en hablar de si; siempre lo hace con cierta repugnancia y reconocida timidez. No hay aquí ninguna confesión que revele la parte interna del individuo, ni sentimentalismo ni cinismo alguno; el que escribe no se ocupa ni de sus defectos ni de sus virtudes, no entrando en intimidad vulgar con el lector. No dice cuándo se enamoró, y tan poca referencia hace á sus relaciones con el bello sexo, que ni aun menciona su matrimonio; sólo incidentalmente sabemos que es casado. Que es padre, y muy amoroso, únicamente encuentra ocasión de referirlo en la rápida revista que hace de los últimos dieciséis años de su vida.

Le gusta más el dar á conocer la psicología de sus contemporáneos que la suya propia; en su libro se encuentra la de la Rusia oficial y de las masas que bajo ella vegetan; de la Rusia que lucha por avanzar, y de la que permanece esta-

cionaria; procurando hacer mejor la historia de los hombres de su tiempo que la de su personalidad.

La relación de su vida contiene, por consiguiente, la historia de Rusia durante ese periodo, así como la del movimiento obrero en Europa durante el último medio siglo. Cuando se sumerge en su propio mundo interior, vemos que el exterior se refleja en él.

Hay, sin embargo, en este libro, en analogía con las aspiraciones de Goethe en *Dichtung und Wahrheit*, una representación del modo cómo ha sido formado un cerebro, y en analogía también con las *Confesiones* de San Agustín, tenemos el relato de una crisis interna que corresponde á lo que en los tiempos antiguos se llamaba «conversión». En una palabra, dicha crisis es el eje y el punto culminante del libro.

Actualmente no hay más que dos grandes hombres que piensen por el pueblo ruso, y cuyos pensamientos pertenezcan á la humanidad: León Tolstoï y Pedro Kropotkin. El primero nos ha referido á menudo bajo forma poética parte de su existencia; el segundo nos da aquí, por la primera vez, sin recurrir á la poesía, una rápida descripción de toda su carrera.

A pesar de lo radicalmente distintos que son estos dos hombres, hay algún parecido entre sus existencias y sus modos de apreciar la idea; Tolstoï es un artista; Kropotkin es un sabio;

pero ninguno de los dos, al llegar á un periodo determinado de la vida, pudo conformarse con seguir trabajando en aquello para lo que habia demostrado tener verdaderas aptitudes naturales. Al primero, consideraciones de un orden religioso, y al segundo otras de un carácter social, les obligaron á abandonar la primera senda emprendida; los dos se hallan poseidos de amor hacia la humanidad y completamente de acuerdo en la severa condenación de la indiferencia, falta de sentido, rudeza y brutalidad de las clases más elevadas, así como en la atracción que ambos sienten por la vida del explotado y oprimido hijo del pueblo. Los dos hallan más cobardía que estupidez en el mundo; son idealistas y tienen el temperamento del reformador. Ambos son amantes de la paz por naturaleza, siendo Kropotkin el más pacífico de los dos, á pesar de que Tolstoï siempre predica la paz y condena á los que toman la justicia por su mano recurriendo á la fuerza, en tanto que Kropotkin encuentra justificada su acción y estaba en amistosas relaciones con los terroristas. El punto sobre el cual más difieren, es el de su actitud hacia los hombres instruidos, y respecto á la ciencia que, llevado de su pasión religiosa, aquél mira con desdén y desprecio, mientras que éste los tiene en gran estima, aunque criticando al mismo tiempo á los científicos, por mirar con indiferencia las miserias del pueblo.

Muchas personas han realizado una gran obra durante su vida, sin que por eso se pueda decir que ésta haya sido grande; muchas gentes son interesantes, aun cuando su existencia haya sido completamente obscura é insignificante; pero la de Kropotkin es grande y tiene interés á la vez.

En este volumen se encontrará una combinación de todos los elementos que constituyen una vida preñada de acontecimientos sensacionales: idilio y tragedia; novela y drama.

La infancia en Moscou y en el campo, los retratos de su madre, hermanos y maestros, ó de los de la antigua servidumbre doméstica, y las muchas descripciones de una vida patriarcal, están hechos tan de mano maestra, que no podrá por menos de impresionar á todas las personas sensibles. El paisaje, la narración del intenso amor, tan poco usual, que se profesaban los hermanos, todo esto es un puro idilio. A su lado se halla, desgraciadamente, bastante tristeza y sufrimiento; la severidad en el seno del hogar doméstico, el trato cruel de los siervos, y la estrechez de miras y falta de sensibilidad que por lo general son las estrellas que rigen los destinos de los mortales.

Hay variedad, y se encuentran situaciones dramáticas; la vida en la corte y la vida en la prisión; la vida en la más elevada sociedad rusa, con emperadores y grandes duques, y la vida en la pobreza, con el proletariado trabajador,

en Londres y Suiza. Hay cambios de vestido, como en el teatro, teniendo que aparecer el protagonista de etiqueta durante el día en el Palacio de Invierno, y por la noche en traje de obrero en los barrios extremos, como protagonista de la revolución, encontrándose aquí también el elemento sensacional que pertenece á la novela. Aunque no es posible que haya nadie más sencillo en tono y en palabra que Kropotkin, muchas partes de su relato, sin embargo, debido á la naturaleza misma de los acontecimientos que tiene que referir, son más interesantes que las de ciertas novelas escritas de intento para alcanzar tal resultado. Se lee con interés no interrumpido lo referente á los preparativos de la fuga del hospital de la fortaleza de San Pedro y San Pablo y la atrevida ejecución del plan.

Pocos hombres han figurado como lo ha hecho Kropotkin en todas las clases de la sociedad, y pocos las conocen como él. ¡Qué cuadro! El niño Kropotkin, con el cabello rizado, vestido de paje y colocado cerca del emperador Nicolás, ó corriendo tras el emperador Alejandro, sirviéndole de escolta. ¡Y después, este otro! Kropotkin en una terrible prisión, mandando á paseo al gran duque Nicolás, ú oyendo las manifestaciones de locura de un campesino encerrado en una celda bajo sus pies.

Ha hecho la vida del aristócrata y del trabajador; ha sido paje de cámara del emperador y es

critor sin recursos; ha hecho la vida del estudiante, del oficial, del científico, del explorador en tierras desconocidas, del administrador y del revolucionario perseguido. En la emigración ha tenido que vivir algunas veces con pan y te, como un campesino ruso; ha sido objeto de espionaje, y se ha visto expuesto á un atentado, como un emperador de su país.

Pocos hombres habrán tenido tan harto campo de acción como él; del mismo modo que como geólogo puede seguir la evolución prehistórica de centenares de miles de años atrás, así también se ha asimilado toda la evolución histórica de nuestra época. A la educación literaria y científica que se adquiere en el gabinete de estudio y en la Universidad (como el conocimiento de los idiomas, literatura, filosofía y matemática superior), agregó, siendo muy joven todavía, la que se obtiene en el taller y el laboratorio, así como en plena campiña; estudio de ciencias naturales, arte militar, fortificación, maquinaria y aplicaciones industriales; el carácter de sus conocimientos es verdaderamente universal.

¡Cuánto sufriría tan activa inteligencia al verse reducida al quietismo de la prisión! ¡Qué prueba de resistencia y qué demostración de estoicismo! Kropotkin ha dicho en alguna parte que una individualidad moralmente desarrollada debe encontrarse en el fondo de toda organi-

zación; lo cual es aplicable á él. Todo ha contribuido á convertirlo en una de las piedras angulares del edificio del porvenir.

La crisis en la vida de Kropotkin tiene dos diferentes aspectos, de los que debemos hacer mención.

Se acerca á los treinta años, época decisiva en la vida de un hombre; por entero se halla dedicado á la ciencia; ha hecho un descubrimiento científico importante: ha encontrado que los mapas del Norte de Asia son incorrectos, no sólo en lo referente á la geografía asiática, sino respecto á las teorías de Humboldt, que aparecen en desacuerdo con los hechos. En estas profundas investigaciones pasó más de dos años. De pronto, un día ve surgir ante su vista la verdadera explicación del hecho; comprende que las verdaderas líneas de estructura no se encuentran en Asia de Norte á Sur ó de Oeste á Este, sino del Sudoeste al Nordeste; somete á prueba su descubrimiento y obtiene un feliz resultado. Entonces disfruta del placer de la revelación científica en su forma más pura y más elevada, comprendiendo lo que levanta el pensamiento su acción.

En aquel momento se presenta la crisis: á la satisfacción sucede la tristeza, al considerar que estos placeres están reservados á una minoría insignificante, preguntándose á sí mismo si es justo que él lo disfrute solamente. Cree que, ante

todo, hay un primer deber que cumplir: poner cuanto esté de su parte, á fin de que lleguen hasta la masa del pueblo todos los conocimientos adquiridos, en vez de ocuparse en hacer nuevos descubrimientos.

En cuanto á mí, no creo que tuviera razón; con tales ideas, Pasteur no hubiera podido llegar á ser, como lo ha sido, un bienhechor de la humanidad. Después de todo, no hay cosa que, en último término, no redunde en beneficio de las masas. Creo que uno hace todo lo que puede á favor de la colectividad al producir con la mayor intensidad posible. Pero esta noción fundamental, es característica de Kropotkin; lo da á conocer.

Y semejante tendencia de su carácter lo lleva más lejos aún. Al encontrarse en Finlandia, adonde había ido á hacer un nuevo descubrimiento científico, con la idea de que en los tiempos prehistóricos todo el Norte de Europa se hallaba cubierto de hielo, de tal modo se encuentra impresionado, y es tanta la compasión que siente por el pobre, por el desgraciado, que á menudo tiene que combatir hasta con el hambre, que considera el primero de todos los deberes el convertirse en maestro y auxiliar de las clases desheredadas. Poco tiempo después, un nuevo mundo se presentaba ante su vista—la vida de los trabajadores—, y aprendió de aquellos á quienes procuraba enseñar.

Cinco ó seis años más tarde, apareció la crisis bajo su segundo aspecto. Ello ocurrió en Suiza; ya durante su primera permanencia en ese país, Kropotkin había abandonado el grupo de los socialistas autoritarios, por temor á un despotismo económico, por odio á la centralización, y por amor á la libertad del individuo y de la comunidad. Sin embargo, sólo después de un largo cautiverio en Rusia, y durante su segunda residencia entre los inteligentes obreros de la Suiza occidental, fué cuando la concepción que vagaba en su mente de una nueva organización de la sociedad, se presentó más clara ante su vista, bajo la forma de una sociedad compuesta de asociaciones federadas, cooperando, sobre poco más ó menos, en la misma forma que hoy lo hacen las compañías ferroviarias ó las administraciones de Correos de distintos países.

Sin dejar de reconocer que no le es posible dictar al porvenir el camino que ha de recorrer, está convencido de que todo ha de surgir de la potente iniciativa de la masa; pero, sólo como ejemplo, compara lo venidero con los municipios industriales y las relaciones mutuas que existían en tiempos medioevales, cuya organización partía de abajo arriba. No acepta distinción entre directores y dirigidos; pero debo confesar que me hallo lo bastante atrasado para experimentar un placer al oír que Kropotkin, por una ligera inconsecuencia de su parte, dice

una vez, en elogio de un amigo, que era «un jefe innato».

El autor se describe como un revolucionario, é indudablemente tiene derecho á ello; pero pocos revolucionarios habrá habido tan humanos y de carácter tan dulce como el suyo; hasta tal punto, que uno se encuentra sorprendido cuando, en un paisaje en que habla de la posibilidad de un conflicto con la policía suiza, se revela en su carácter el mismo belicoso instinto que en el fondo existe en el de todos los demás. No puede asegurar con precisión si él y sus amigos tuvieron una satisfacción al ver que la lucha era innecesaria, ó un disgusto porque no se llevara á cabo. Pero la expresión de este sentimiento es excepcional; jamás ha sido un vengador; siempre fué un mártir.

Él no impone á otros sacrificios; le agrada más hacerlos; es la obra de toda su vida; pero de tal modo, que parece que el sacrificio no le ha costado ninguna violencia; tan poca es la importancia que él le da. Y, á pesar de toda su energía, es tan poco vengativo, que al hablar de un repugnante médico de una prisión, sólo observó: «Mientras menos nos ocupemos de él, tanto mejor».

Es un revolucionario sin énfasis y sin emblema, riéndose de los juramentos y ceremonias con que los conspiradores se comprometen en dramas y óperas. Este hombre es la sencillez

misma. En cuanto al carácter, puede resistir la comparación con cualquiera de los que han combatido por la libertad en todos los pueblos del mundo; ninguno ha tenido más desinterés, ni amado más la humanidad.

Pero él no había de permitirme decir, al principio de su libro, todo lo bien que de él pienso, y si lo hiciera, á pesar suyo, mis palabras traspasarían los límites de una razonable «Introducción.»

Jorge Brandes.

MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO

PARTE PRIMERA

INFANCIA

I

Moscou es una ciudad de lento crecimiento histórico y, hasta nuestros días, las diferentes partes de que se compone han conservado admirablemente los rasgos más característicos impresos sobre ellas durante el reposado curso de la Historia. El distrito del río Trans-Moskva, con sus anchas y soñolientas calles, y sus monótonas casas pintadas de gris, y de techos bajos, cuya entrada principal permanecía bien cerrada tanto de noche como de día, ha sido siempre el retiro predilecto de la clase mercantil y el foco de los notablemente austeros, formalistas y despoticos disidentes de la «Antigua Fe». La Ciudadela, ó Kreml, es todavía el firme baluarte de la Iglesia y el Estado; y el inmenso espacio que se extiende ante ella, cubierto de miles de tiendas y almacenes, ha sido durante siglos una po-